

tes. Entre los muchos prisioneros que hicieron los vencedores, se encontraba el general disidente D. José Antonio Mejía. Era un militar de un valor que rayaba en temeridad, activo, de notable estrategia y de capacidad; de carácter abierto y franco; de finas maneras, de grata conversacion y de simpática presencia. Nacido en la isla de Cuba, habia ido á Méjico en 1823, como tengo ya referido. Ingresado en el ejército mejicano y afiliándose al partido yorkino donde ascendió al grado de coronel, continuó siempre en las banderas federalistas, distinguiéndose en todas las acciones por su arrojo y capacidad, aun en esta última accion de Acajete en que cayó prisionero despues de haber rechazado tres veces á las tropas del Gobierno. En la retirada fué aprehendido por el capitán Montero y dos soldados, al marchar enteramente solo por la orilla de un barranco, en un sitio solitario y boscoso. Conducido al campamento con las consideraciones debidas al hombre en la desgracia, se le puso en una de las piezas de una casa que estaba enfrente de la hacienda. A la oracion de la noche, el coronel Montoya fué comisionado para presentarle la orden de ser pasado por las armas: la leyó y la volvió con serenidad, preguntando: «¿Cuándo debo ser fusilado? —Dentro de tres horas», le contestó Montoya.—«Si Santa-Anna hubiera caido en mi poder», repuso entonces con la mayor tranquilidad, «le habria concedido yo tres minutos». Dichas estas palabras, pidió un sacerdote para disponerse á morir como católico. Cumplido con el deber religioso, pidió hablar con el general Inclan, á quien le hizo varios encargos para su familia. A las ocho y me-

dia de la noche del mismo 3 de Mayo, se le dijo que habia llegado la hora de la ejecucion. Mejía salió de la pieza, marchando á su lado el sacerdote, y se dirigió con firme paso al sitio en que debia morir. Llegado á él, rehusó que le vendasen los ojos, sacó del bolsillo ocho duros para que se repartiesen á los soldados ejecutores, se arrodilló sobre un pañuelo de seda que puso en el suelo, y poco despues cayó sin vida á la descarga hecha por el piquete de soldados encargados de la ejecucion. D. José Mejía dejó varios hijos, que llegaron á recibir una educacion esmerada en los Estados Unidos. Uno de ellos era coronel en 1874, y el otro secretario de la Comision mixta. Tambien dejó una hija, que se casó con un individuo de regular posicion social en los Estados Unidos, y hoy es madre de una numerosa familia.

Aunque el general D. José Urrea, perdida la accion, fué perseguido tenazmente en su fuga por algunos soldados del Gobierno, logró salvarse y llegó á Tuxpan con algunos oficiales, de donde pasó despues á Tampico. Santa-Anna, desde que oyó el estruendo del cañon que anunciaba que el general Valencia habia emprendido la batalla, apresuró el paso de la brigada de reserva con que iba; pero llegó cuando todo habia terminado. El triunfo de Acajete, aunque alcanzado por el general Valencia, fué debido, en gran parte, á los elementos de guerra y tropas que logró proporcionarle, con su actividad, Santa-Anna. Si otro gobernante hubiese ocupado la presidencia en los momentos en que se tuvo noticia del movimiento de los caudillos de la revolucion, se habria detenido en esperar el permiso del Congreso para dejar la silla presi-

dencial y salir á batir á los contrarios, y tres horas solamente de tardanza les hubiera hecho á los pronunciados dueños de la ciudad de Puebla, cuyo pronunciamiento, como he referido, impidió la presencia de Santa-Anna.

Alcanzada la victoria y recogidas las armas y pertrechos abandonados por los disidentes, Santa-Anna regresó á la capital, donde entró á las cinco de la tarde del 8 de Mayo. Una comision de la Cámara de diputados salió á recibirle, no obstante haber marchado á campaña sin licencia. Si hubiera vuelto derrotado, acaso habria sido motivo de acusacion lo que al verle triunfante era de elogio y de plácemes. Su entrada fué verdaderamente triunfal. Marchaba en un lujoso coche, acompañado de los generales D. José María Tornel y D. Gabriel Valencia, que dió la batalla. Delante del carruaje iba un número considerable de personas particulares á caballo, y un numeroso gentío á pié, de todas las clases de la sociedad, victoreándole incesantemente. Detrás del coche marchaba una escolta de caballería, un batallon de infantería y una seccion de artillería con cuatro cañones. Las calles del tránsito y los balcones y azoteas de los edificios se veian literalmente llenos de gente. Un repique general se oia en todas las iglesias: la ciudadela hizo salvas de artillería; por todas partes se lanzaban al aire cohetes voladores, y por la noche se iluminaron los edificios públicos.

Al triunfo alcanzado en Acajete por las tropas del Gobierno, siguió la toma de Tampico que tenia veintiseis cañones de grueso calibre en los puntos fortificados, ochocientos hombres de guarnicion, y varias lanchas cañoneras para defender el rio. El general D. Mariano Arista

puso sitio á la plaza y rompió sus fuegos sobre la ciudad el 26 de Mayo. El general disidente D. José Urrea que mandaba en ella, con objeto de reunir una division que socorriese á la plaza, salió de ésta á las tres de la mañana del 2 de Junio, acompañado de diez dragones y dos oficiales, dejando en su lugar al general D. Ignacio Escalada. Noticioso Arista de la marcha de Urrea, destacó en su persecucion una partida de caballería para ver si lograba aprehenderle; pero el jefe contrario iba ya á distancia muy considerable, y la fuerza destacada en su persecucion volvió sin haber logrado su objeto. Mucho sintió el general sitiador que Urrea hubiese conseguido marcharse; pero este sentimiento fué compensado con un suceso que le facilitaba la toma de Tampico. D. Tomás Barbarena, jefe que mandaba las lanchas cañoneras en que confiaban los pronunciados la defensa del rio, se unió á las tropas del Gobierno. Este acontecimiento fué un golpe terrible para los sitiados. Perdida toda esperanza de socorro, escasos de víveres que ya no podian recibir por agua, y viéndose atacados vigorosamente, trataron de celebrar una capitulacion. El consul inglés Mr. Crawford se presentó al general sitiador, en nombre del vecindario, ofreciendo capitular si se les daban garantías. D. Mariano Arista ofreció todas las necesarias, y se suspendieron inmediatamente las hostilidades mientras se ajustaba el convenio. Éste se celebró en el paso de «Doña Cecilia». Por los artículos de la capitulacion quedaban libres todos los habitantes de Tampico, á excepcion de los que tuviesen causa pendiente: se comprendia en la capitulacion á los prisioneros: los jefes y oficiales de tropa activa que

existían en la plaza, continuarían en ella ó se retirarían; los milicianos volverían á sus casas: todos los enfermos en el hospital serían atendidos de los fondos del Gobierno hasta que se restableciesen: Urrea gozaría de los derechos de la capitulación si se acogía prontamente á ella, á condición de que no había de permanecer en ningún punto ocupado por las fuerzas federales: los oficiales y tropa de los disidentes que se encontrasen fuera de Tampico, podían acogerse á la capitulación celebrada.

1838. En virtud de este convenio entró el general D. Mariano Arista con sus tropas en la ciudad el 4 de Junio, á las doce del día. La noticia fué recibida con júbilo por los partidarios del Gobierno, pues ponía á éste en posesión del segundo puerto de la república mejicana, privando á los pronunciados de los grandes recursos que les proporcionaba. El general disidente D. José Urrea, cuando salió de Tampico se dirigió á Tuxpan, donde se ocupaba de reunir gente y de poner aquel punto en buen estado de defensa. Encargado el general D. Mariano Paredes de perseguirle y atacarle, le tenía en continua alarma. Urrea, desalentado con la pérdida de Tampico y viendo marchar en decadencia la causa que defendía, celebró una junta de oficiales en la ranchería de «San Francisco», para resolver lo que sería conveniente hacer. En ella se acordó celebrar con el general D. Mariano Paredes una capitulación. Con efecto, así se verificó. En ella se estipuló que Paredes reconocía á Urrea por general en el pleno goce de su empleo y honores, y exonerado de toda responsabilidad por sus actos. Santa-Anna desaprobó ese reconocimiento, y mandó que Urrea se embarcase por

Veracruz para un punto de Europa que debería fijar, donde permanecería seis años á la vista del cónsul mejicano, imponiéndole la pena de perder todos sus honores y empleos, si regresaba al país antes de terminar el plazo fijado. Esta providencia no llegó á ejecutarse, pues al ser conducido preso de Tuxpan al castillo de Perote, logró escapar el 4 de Julio, y nadie dudó que muy pronto aparecería entre los jefes de la revolución.

La ocupación de Tampico y de Tuxpan por las tropas del Gobierno, hizo decaer mucho la revolución, y Santa-Anna tomaba cuantas disposiciones juzgaba necesarias para su terminación. La grata satisfacción que le proporcionaban las lisonjeras felicitaciones que recibía de sus amigos, elogiando su actividad y sus disposiciones, vino á aumentarse con otra manifestación altamente honrosa que recibió en esos momentos de las personas que ocupaban los puestos más distinguidos de la nación. El 11 de Febrero de 1839 había decretado el Congreso que se premiase dignamente á los jefes y soldados que más se hubiesen distinguido en rechazar de la plaza de Veracruz á los franceses que penetraron en ella el 5 de Diciembre, y que el Gobierno designase un distintivo de honor que trajese cada uno, según su clase. El ejecutivo, en consecuencia, dispuso que el del general en jefe fuese una placa al pecho y una cruz de piedras preciosas, oro y esmalte, con dos espadas cruzadas, y entre éstas una corona de laurel entrelazada, y por orla este lema: «Al general Santa-Anna por su heroico valor en 5 de Diciembre de 1839, la patria reconocida». La ceremonia de este acto se celebró con toda solemnidad. El obispo electo de Oajaca, D. An-

gel Mariano Morales, como consejero mas antiguo, fué el encargado de llevarle la condecoracion. Al colocársela en el pecho, le dirigió una sentida alocucion, y lo mismo hizo el vicario capitular de Méjico, que despues llegó á ser arzobispo. Las tropas de la guarnicion, vestidas de gala, pasaron por enfrente á la casa que habitaba Santa-Anna, y la multitud victoreaba sin cesar al hombre que habia combatido valientemente en defensa de la patria.

En medio de estas satisfacciones, los padecimientos físicos parecian empeñados en atormentarle. La amputacion de la pierna habia estado mal hecha, y con frecuencia se veia atacado de terribles dolores. La falta de salud y el abandono en que habia dejado sus intereses en Veracruz al ser llamado á ocupar la presidencia, hacian preciso que se retirase para poder atender al recobro de la primera y al arreglo de los segundos. Viendo que el general D. Anastasio Bustamante no volvia de su expedicion para hacerle entrega del puesto que por su ausencia ocupaba, llamó al general D. Nicolás Bravo, que estaba en Chilpancingo, con objeto de que ocupase su lugar. Bravo prestó el juramento de presidente del Consejo de Gobierno, pero renunciando al derecho que la Constitucion le daba para tomar el gobierno. No habiéndosele admitido esta renuncia por ser anticonstitucional, el desinteresado general D. Nicolás Bravo, modelo de moderacion y de desprendimiento, prestó en la noche del 10 de Julio, ante el Congreso, el juramento como presidente interino de la república. El general Santa-Anna, libre del cargo de la presidencia, salió de Méjico para Veracruz á las cinco de la mañana del dia 11, anunciando la artillería de la ciudadela su salida de la capital.

1839. El nuevo presidente interino D. Nicolás Bravo se manifestó infatigable en el cumplimiento de sus deberes. Desde las diez de la mañana se entregaba al despacho de los negocios y no salia hasta las cuatro de la tarde, dejando corrientes todos los asuntos del dia. En todos sus actos revelaba su moderacion, su anhelo de corresponder á la confianza depositada en él por la nacion y su rectitud en la administracion de justicia. Solo hacia nueve dias que se habia hecho cargo de la presidencia, cuando llegó D. Anastasio Bustamante á la capital, de vuelta de su expedicion contra los sublevados. Su entrada se verificó el 19 de Julio, en medio de los repiques de campanas y de las salvas de artillería. Hecho de nuevo cargo de la presidencia, Bustamante nombró nuevo Ministerio, que se compuso de D. Juan de Dios Cañedo para Relaciones exteriores, de D. Luis Gonzaga Cuevas para Relaciones interiores, para Guerra D. Juan Nepomuceno Almonte, y para Hacienda D. Javier de Echeverría.

Dueño el Gobierno de todos los pueblos y derrotados los principales jefes disidentes, parecia que la paz no volveria á ser alterada por mucho tiempo. Así se prometia el presidente D. Anastasio Bustamante, que juzgaba haber dejado tranquilizado el país, y así lo anhelaba la sociedad laboriosa que veia destruidas las fuentes de la riqueza pública por las destructoras revoluciones que por espacio de diez y nueve años habian agitado á la república. La tranquilidad, sin embargo, duró muy poco. Ciertamente que los jefes principales que impulsaron la revolucion habian desaparecido; pero se advertia el movimiento de diversas partidas que entorpecian la marcha del Gobier-

no, como quedan agitadas por largo tiempo las olas del mar despues de una horrible tempestad. El huracan habia calmado, pero aun se notaba el viento que amenazaba ir aumentando por grados su fuerza, presagiando nuevas tempestades. En Celaya se sublevó, en la noche del 19 de Marzo, un escuadron de auxiliares de caballería, y uniéndose á otra fuerza de la misma arma, tomaron el camino de Salvatierra. Pocos dias despues se descubrió una conspiracion en la expresada ciudad, evitando con esto que se efectuase el movimiento. En Tampico fué sofocada en 21 de Mayo otra revolucion, y en diversas poblaciones se conspiraba con mucho sigilo, en favor del sistema federal. Un año permaneció el país en ese estado en que, aunque muy poco podia adelantarse, al menos permitia á los pueblos entregarse á la agricultura y al comercio. Cuando el Gobierno juzgaba que habia dominado la revolucion, estalló ésta en Yucatan. Los pronunciados, en número considerable, entraron en la villa de Valladolid, matando al comandante Anzures; arrollaron á las cortas fuerzas que se oponian á su marcha, y penetraron en Mérida, capital de la provincia, contando así con poderosos recursos para alcanzar un completo triunfo. No le quedaba al Gobierno mas que Campeche, con una corta guarnicion, mandada por el comandante general D. Joaquin Rivas Zayas. La situacion en que éste se veia era sumamente crítica. Habia pedido, desde que el movimiento empezó á tomar un aspecto amenazador, que se le enviase una fuerza de mil hombres; pero como el Gobierno se hallaba en circunstancias las mas afflictivas ocupado en combatir en diversos pun-

tos á los sublevados que amenazaban mas inmediatamente derrocarlo, solo pudo enviarle quinientos hombres, armando á la vez un buque para que hostilizase por mar á los disidentes. Corto era ciertamente el auxilio de quinientos hombres para triunfar de los pronunciados de Yucatan, á los cuales se habian unido la mayor parte de sus tropas, pero Rivas Zayas quiso ver si podia alcanzar un triunfo sobre los contrarios, y uniendo el refuerzo que habia recibido á la tropa que se habia mantenido fiel, salió de Campeche con objeto de ver si lograba obtener alguna ventaja sobre los disidentes. Pronto conoció que nada podia emprender con la escasa fuerza que tenia, y se vió precisado á regresar á Campeche. Los pronunciados, despues de verse dueños de Mérida, se dirigieron á sitiarse, y emprendieron sus ataques sobre la plaza. El buque enviado con objeto de molestar por mar á los disidentes, se pasó á éstos; y Rivas Zayas quedó reducido á defenderse con la poca tropa que tenia, que apenas bastaba á cubrir los puntos fortificados de la plaza. Falto de viveres, pues no podia recibirlos ya ni por tierra ni por mar, esperaba aun que llegase algun auxilio del Gobierno que le sacase de la situacion angustiosa en que se hallaba; pero el tiempo transcurrió sin que llegase lo que anhelaba. Los pronunciados, que continuaban dando terribles ataques á la plaza, le intimaron la entrega de la ciudad. Rivas Zayas, conociendo que era imposible sostenerse por mas tiempo, ofreció capitular, si en el término de ocho dias no recibia socorros de Méjico. Admitieron la proposicion los pronunciados, y no habiendo recibido nada, capituló el 6 de Junio de 1840.

1840. El triunfo completo de los pronunciados de Yucatan, en cuya provincia no quedó un solo soldado del Gobierno, alentó á los enemigos que el Gobierno tenia en la capital, á conspirar para derrocarlo. El general D. José Urrea, que habia logrado escaparse, como tengo referido, cuando se le conducia preso de Tuxpan al castillo de Perote, publicó una protesta en que decia que el Gobierno no tenia de ninguna manera facultad para modificar la capitulacion que se habia celebrado, dando orden de que saliese de la república. Aprehendido poco despues de haber publicado esta protesta, fué puesto preso en una de las piezas del espacioso edificio en que habia estado la Inquisicion. Urrea trabajaba desde su prision por el triunfo del sistema federal, de acuerdo con varios individuos de alguna influencia entre las tropas de la guarnicion y de la gente de los barrios. Los conspiradores obraban con el mayor sigilo y actividad. El agente principal del movimiento que se intentaba, era un general que poseia bienes de fortuna considerables, que habia heredado de sus padres, y que jamás salia de la capital. Habiendo logrado que entrasen en el plan el quinto batallon de infantería permanente y el batallon llamado del Comercio, así como un número crecido de oficiales sueltos, se procedió al pronunciamiento. Para dar el golpe con seguridad y sin causar alarma, se dirigió el general expresado, con algunos oficiales y sargentos, al edificio de la Inquisicion antes de que brillase la primera luz del dia 15 de Julio, y sacando de la prision á Urrea, marcharon juntos hácia el cuartel del quinto batallon, situado en San Hipólito. Puestos al frente de esta fuerza, marcharon hácia

palacio en el mayor silencio posible, haciendo que la tropa se quitase el calzado para no hacer ruido. Con estas precauciones lograron llegar á palacio y apoderarse de la guardia, cuyo capitan, hermano del ministro Almonte, dormia profundamente, lo mismo que todos los soldados. Dueños así de la entrada, el general D. José Urrea con doscientos hombres subió la escalera principal para penetrar en la habitacion del presidente y aprehenderle. Empezaba á amanecer. Hallando cerradas las puertas que daban entrada al ancho corredor, se dirigieron por la escalera del segundo patio y llamaron á la puerta. Abrió el centinela, y habiéndole dicho que llevaban una noticia muy importante que comunicar al presidente, les dejó pasar. Se hallaba en aquel punto una guardia de sesenta hombres, y habiéndoles dicho que iban para relevarlos, se formaron al efecto; pero conociendo pronto el engaño, trataron de hacer resistencia. Los pronunciados no les dieron lugar á que hicieran uso de las armas, y penetraron, sin encontrar ya obstáculo ninguno, hasta la alcoba del presidente. Este, que habia despertado con el ruido que se hizo al desarmar la guardia, saltó del lecho, se vistió prontamente y se disponia á salir para saber la causa del alboroto, cuando vió entrar á los pronunciados. Resuelto á defenderse sacó la espada; pero le contuvo Urrea diciéndole: «No tema V., mi general; yo soy Urrea». Bustamante le echó en cara su conducta. Entonces uno de los oficiales conjurados, llamado D. Felipe Briones, mandó hacer fuego sobre el presidente; pero otro, apellidado Marron, contuvo á la tropa diciendo: «No disparen, que es el segundo del señor Iturbide». Estas palabras calmaron á la tropa, siempre respe-

tuosa con sus jefes, y entonces el presidente y Urrea entraron en conversacion, asegurando el segundo al primero, con la mayor atencion, que en nada seria ofendido. Urrea, despues de tomar algunas disposiciones, se despidió

1840. de Bustamante, encomendando su custodia al capitan Marron, que fué el que impidió que hiciesen fuego sobre él. Viéndose preso, se valió del jardinero de palacio, apellidado Lázari, anciano de cien años, para poner en conocimiento de los ministros su arresto, á fin de que no obedeciesen las órdenes que en su nombre se diesen.

Mientras Bustamante hacia saber á sus ministros el golpe sufrido, varios oficiales de los pronunciados marcharon á la casa en que vivia D. Valentin Gomez Farias, donde le dieron noticias de todo lo ocurrido, invitándole en seguida á que se pusiera á la cabeza del pronunciamiento. Gomez Farias, contento del acontecimiento, pasó inmediatamente á palacio, seguido de una multitud de gente del pueblo bajo que gritaba incesantemente: «¡Viva la federacion!» Los pronunciados, que habian obrado con mucho sigilo y actividad, lograron tambien sorprender al comandante general D. Vicente Filisola, á quien condujeron inmediatamente preso á palacio. Igual cosa pretendieron hacer con el ministro de la Guerra D. Juan Nepomuceno Almonte; pero éste, que tuvo aviso de la prision del presidente, montó á caballo y se dirigió á la ciudadela, á donde iban acudiendo todos los militares fieles al Gobierno. En el momento que llegó, se puso á dictar providencias y despachar extraordinarios, para formar una fuerza respetable, reuniendo todos los destacamentos inmediatos á Méjico, y atacar en seguida á los suble-

vados. No andaban menos activos los caudillos de la revolucion; y para lograr que en Puebla se secundase el plan, enviaron un extraordinario á sus partidarios, dándoles aviso de los acontecimientos de la capital. La poca prudencia del encargado de llevar la noticia, impidió que los que la enviaban lograsen su objeto. Habiendo llegado á Tescmelucan, empezó á referir á todos los que estaban en el meson en que se detuvo á comer, el pronunciamiento verificado en Méjico y la prision de Bustamante. El mesonero, que era adicto al Gobierno, pero que tuvo buen cuidado de no externar su opinion, se propuso apoderarse del pliego y hacer que se detuviese allí el que lo llevaba, el mayor tiempo posible. Para conseguirlo, se manifestó contento de la noticia y dió vino y licores á beber en abundancia al portador de la nueva, en celebracion del acontecimiento. El resultado fué el que se habia propuesto el mesonero. El conductor del pliego quedó en un estado de embriaguez, que le produjo un sueño profundo. El mesonero se apoderó entonces del documento, y montando á caballo, marchó á Puebla, sin que nadie notase su salida. En el momento que llegó á la ciudad, puso en manos del gobernador y comandante D. Felipe Codallos el pliego, y en seguida regresó á Tescmelucan. Codallos, al leer el pliego, tomó eficaces providencias para evitar que en Puebla se secundase el movimiento, y envió en auxilio del Gobierno una parte de las tropas que tenia.

1840. Desde el momento que los pronunciados se apoderaron de palacio, colocaron fuerzas en las espaciosas torres de la catedral, así como en las azoteas de la Diputacion y en otros edificios de la plaza. Para defender